

La calle para el jueves 22 de mayo de 2008
Diario de un espectador
Profesores de derecho
por miguel ángel granados chapa

Nuestro profesor de sociología en el primer año de la Facultad de derecho, el doctor Leopoldo Baeza y Aceves era tan magnífico expositor que más de una vez, como si hubiera pronunciado una conferencia y no ofrecido una lección rutinaria, prorrumpimos en aplausos como muestra de admiración a sus dotes oratorias. Le pagamos con la misma moneda: al finalizar el curso le dio las gracias en nuestro nombre Heladio Ramírez López, que ya hacía de la palabra un instrumento de acción política. El ahora senador de la república (lo fue ya una vez, como fue también diputado y gobernador de Oaxaca, dirigente campesino) se alejaría poco después de la generación 1960 de abogados, pues la UNESCO lo escogió para, junto con estudiantes de otros países, recorrer el mundo durante ocho meses o algo más.

Nos enseñaba derecho romano el profesor Froylán Hernández. Era un transatlántico, pues era necesario exagerar su condición de barco, como se llama en las escuelas superiores a un maestro que peca de lenidad, que no exige a sus alumnos aprender. Contaba la leyenda que no siempre tuvo ese talante, sino el contrario hasta que una noche un estudiante herido en su autoconsideración por haber sido reprobado con exceso de reproches se privó de la vida. Juró Hernández que no volvería a ocurrir y desde entonces no dejó de aprobar a nadie, aunque apenas supiera qué eran las Pandectas y el Digesto, e ignorara que según Ulpiano debe aspirarse a vivir honestamente, sin lesionar a nadie y dando a cada quien lo que le corresponde.

Nos llevábamos tan bien con él que un día de su santo hicimos un festival de música y poesía en su honor, en vez de que nos impartiera la clase de nueve a diez de la mañana. Más de uno llevó guitarras y la pasamos muy a gusto, al punto de que el doctor Rafael Rojina Villegas, que años después sería ministro de la Suprema Corte y nos enseñaba el primer curso de derecho civil, se impacientó a las afueras del aula porque robábamos su tiempo, y tras inútiles llamados (que nadie escuchó embebidos como estábamos en la celebración) se lanzó con su fornido cuerpo contra la puerta...al mismo tiempo que alguien la abría por lo que el futuro ministro cayó por su propio peso. Temíamos que su rostro, sanguíneo de suyo, estallaría de ira.

Nos simpatizaba también don Antonio Armendáriz, que había sido subsecretario de Hacienda y pronto se convertiría en embajador en Londres. Lo imaginamos saludar muy orondo ante la reina Isabel, con el menudo cuerpo muy erguido, vestido de ceremonia. Nos había explicado que andaba muy derechito porque de muchacho el pantalón del único traje de que disponía estaba raído y procuraba, echada la espalda hacia atrás, ocultar ese defecto de su vestimenta.

No se crea que sólo recordamos anécdotas, momentos chispeantes, divertidos o penosos. También tenemos presente las útiles enseñanzas de maestros como Fausto E. Vallado Berrón, Antonio de Ibarrola, Alberto Pacheco, Ricardo Franco Guzmán, los dos Manuel Borja (Covarrubias, padre de su tocayo, Martínez de segundo apellido), Roberto L. Mantilla Molina, Horacio Castellanos Coutiño, Rafael Hernández Preciado, Mariano Piña Olaya.

No era estrictamente hablando un buen profesor, porque no permitía ser interrumpido con preguntas que alterara su largo monólogo. Pero la presencia dominante en nuestro ánimo, en esos años de la Facultad de derecho fue Jesús Reyes Heróles, que enseñaba Teoría del estado. Al cabo de muchos años lo tratamos más cercanamente, hasta casi ser amigos, cuando ya había desarrollado la mayor parte de la carrera política que iniciaba en aquel 1961 en que salía de clase los jueves a las diez de la mañana para viajar a su Tuxpan natal donde hacía campaña, sin candidato que se le opusiera, para ser un brillante diputado federal.